

# Incredulidad de los hermanos de Jesús - Juan 7:1-9

---

*(Jn 7:1-9) “Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; más a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea.”*

## Introducción

Al terminar el estudio anterior vimos que la predicación de Jesús despertó diferentes reacciones entre su auditorio. Ahora comenzaremos considerando cuál fue la reacción de sus propios hermanos, aunque a lo largo de todo este capítulo veremos que el Señor siguió siendo motivo de discusión entre los judíos.

A modo de introducción debemos decir que los capítulos 7 al 9 se desarrollan durante la fiesta de los tabernáculos, y es interesante observar que también los capítulos 5 y 6 giraban en torno a otras fiestas judías. En el capítulo 5 el evangelista se centró en el día de reposo, mientras que en el 6 lo hizo en torno a la pascua. En cada una de esas ocasiones el Señor subió a Jerusalén y pronunció importantes discursos en los que se identificaba a sí mismo como el cumplimiento del significado espiritual que cada una de esas fiestas tenía. Pero también debemos darnos cuenta de que en cada sección se van abordando nuevos temas de vital importancia. Así pues, en el capítulo 5 se presentó la relación del Hijo con el Padre, mientras que en el capítulo 6 fue su relación con los verdaderos discípulos. Ahora, a lo largo de este capítulo veremos que el tema dominante será la relación con el Espíritu Santo.

## *“Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea”*

Como recordaremos, el último relato en el capítulo 6 tuvo lugar en Galilea, inmediatamente antes de la pascua (**Jn 6:4**), que se celebraba en el mes de abril. Ahora en este nuevo capítulo Jesús se desplazará desde Galilea para ir a Jerusalén a la fiesta de los tabernáculos, que se celebraba en el mes de octubre. Quiere decirse que había pasado medio año en el que Juan no recogió ningún acontecimiento de la vida de Jesús, pero esto no nos debe extrañar, pues como ya hemos notado en otras ocasiones, él no pretendía hacer un relato completo de la vida del Señor, sino complementar la narración de los otros evangelios en aquellos puntos que le parecía que había datos importantes que añadir.

Por los otros evangelios sabemos que este periodo del que Juan guarda silencio se caracterizó en gran medida por el ministerio del Señor entre sus discípulos más cercanos, dedicándose a instruirles respecto al sufrimiento que habría de caracterizar el final de su ministerio en Jerusalén. Es probable que en este lapso de tiempo ocurrieran algunos de estos acontecimientos: la visita a Tiro y Sidón (**Mr 7:24**) y a la región de Decápolis, el milagro de alimentar a los cuatro mil (**Mr 8:1-9**), el viaje por Cesarea de Filipo (**Mr 8:27-29**) y la transfiguración (**Mr 9:1-8**).

Pero ahora el Señor se disponía a regresar nuevamente a Jerusalén con motivo de la fiesta de los tabernáculos. Lo cierto es que no era un viaje fácil. Recordemos los acontecimientos que se produjeron durante su última visita cuando los judíos procuraron matarle porque había sanado a un paralítico en el día de reposo y porque además había afirmado que Dios era su Padre (**Jn 5:16-18**). Es cierto que habían pasado varios meses, pero ellos no habían olvidado el asunto, ni tampoco habían abandonado sus intenciones, por lo que Jesús se había quedado por algún tiempo por Galilea, *“pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle”* (**Jn 7:1**). De este modo el Señor se retiró de aquellos que lo despreciaban para centrar sus esfuerzos entre los que todavía le escuchaban.

## La fiesta de los tabernáculos

Sin embargo, cuando llegó la fiesta de los tabernáculos, Jesús decidió volver a subir nuevamente a Jerusalén a pesar de la hostilidad de los judíos. Las razones para realizar este viaje en condiciones tan adversas eran variadas. Por un lado, la fiesta de los tabernáculos era una de las tres grandes fiestas anuales en las que cada varón de Israel debía comparecer delante del Señor en el lugar que él escogiera (**Dt 16:16**). Y el Señor, como buen israelita, se dispuso a ir. Pero no se trataba simplemente de una obligación religiosa que debía observar, sino que también formaba parte del programa divino que su Padre le había encomendado. De hecho, en último término, lo que los judíos simbolizaban por medio de la fiesta de los tabernáculos, sólo lo podrían encontrar en Cristo y en su Obra.

Notemos que todo el capítulo gira en torno a la fiesta de los tabernáculos. Como vemos, hay referencias al comienzo, la mitad y el final de la fiesta:

- El comienzo de la fiesta (**Jn 7:2**).
- La mitad de la fiesta (**Jn 7:14**).
- El último y gran día de la fiesta (**Jn 7:37**).

Ahora bien, ya hemos señalado que esta era una de las tres fiestas que cada israelita debía celebrar en Jerusalén. Era un momento muy especial cuando toda la nación volvía a sentirse unida por muy dispersa que estuviera. Pero, ¿cuándo se originó esta fiesta? ¿cómo se celebraba? ¿Cuál era su significado? Contestar a estas preguntas nos ayudará a entender la enseñanza de Jesús a lo largo de los próximos tres capítulos.

Para empezar, debemos decir que la fiesta de los tabernáculos duraba siete días y tenía lugar cinco días después del gran día de las expiaciones (**Nm 29:7,12**), por tanto, era muy prominente la idea de gozo después de la redención y el perdón de los pecados.

En cuanto a su origen, la fiesta se relacionaba con la peregrinación del pueblo judío por el desierto después de que fueran liberados de Egipto. Recordaban así que habían vivido en cabañas en su camino hacia la tierra prometida. Por lo tanto, era una fiesta que miraba hacia el pasado y que les obligaba a recordar tanto su amarga esclavitud en Egipto así como su liberación gloriosa por medio de la intervención divina.

**(Lv 23:42-43)** *“En tabernáculos habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en tabernáculos, para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculo hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios.”*

Y por supuesto, la fiesta también les recordaba el cuidado que Dios había tenido de ellos al protegerlos de todos los peligros del desierto y guiarlos hasta hacerlos entrar en la

tierra prometida. De hecho, Dios mismo los había acompañado en todo ese proceso, al punto en que ordenó a Moisés que le construyeran un tabernáculo en el que pudiera morar en medio de su pueblo mientras durara su peregrinaje.

Pero la fiesta de los tabernáculos también tenía que ver con la agricultura (**Dt 16:13**). De hecho era la tercera de las fiestas vinculadas al ciclo agrícola del judaísmo. La primera de ellas era la Pascua, que celebraba el comienzo de la siega en la primavera. Después venía Pentecostés, al cabo de siete semanas desde la pascua, en la que se festejaba el final de la siega. Y la última era la de los Tabernáculos, que celebraba la cosecha otoñal de fruta y la vendimia. Era un tiempo en el que los corazones de la gente estarían naturalmente llenos de agradecimiento y alegría al ver que sus cosechas ya estaban guardadas, la fruta había sido recogida y terminada la vendimia. Con razón decía el Señor: *“estarás verdaderamente alegre”* (**Dt 16:15**). En este sentido, la fiesta no apuntaba al tiempo de peregrinación por el desierto, sino al momento en que ya habrían entrado en la tierra prometida y podían disfrutar de sus frutos. Marcaba por lo tanto el fin de su peregrinaje.

Así pues, una multitud de peregrinos gozosos llegaba año tras año a Jerusalén en los días previos a la fiesta. Una vez allí buscarían ramas de palmeras y de árboles frondosos con los que construirían las cabañas que instalarían en los atrios de las casas, en las calles, plazas o junto a los caminos, de tal manera que toda Jerusalén dentro de un radio de camino de un día de reposo, se llenaba de peregrinos ofreciendo una apariencia realmente pintoresca.

En cuanto al desarrollo de la fiesta, ésta se prolongaba por espacio de siete días en los que se llevaban a cabo diferentes sacrificios para mostrar la gratitud que sentían hacia Dios (**Nm 29:12-38**). La fiesta alcanzaba su clímax en *“el último y gran día de la fiesta”*, en el que se celebraban ceremonias especiales.

A la vez que se ofrecían sacrificios, un sacerdote, acompañado de una alegre procesión con música, descendía al estanque de Siloé, de donde sacaba agua que más tarde sería vertida junto al altar. Con este derramamiento de aguas querían simbolizar el futuro derramamiento del Espíritu Santo:

*(Is 44:3) “Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos”*

Por las noches el patio interior del templo se iluminaba con grandes candelabros, con los que se intentaba recordar la columna de fuego que había servido de guía a los israelitas a través del desierto (**Nm 14:14**). Esta luz hacía que el templo resplandeciera y se viera desde toda la ciudad, simbolizando tal vez de ese modo aquella gran luz que el pueblo que andaba en tinieblas habría de ver y que iba a resplandecer sobre los que moraban en la tierra de sombra de muerte.

*(Is 9:2) “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.”*

Resulta evidente que cada uno de estos aspectos de la celebración de la fiesta se relacionan con los dichos de Jesús que encontraremos en estos pasajes:

- En primer lugar, no debemos perder de vista que de la misma manera en que Dios había acompañado a su pueblo durante el peregrinaje por el desierto morando en medio de ellos en un tabernáculo, ahora era el mismo Hijo quien se había hecho Hombre y habitaba en medio de ellos. El evangelista ya adelantó este increíble hecho en el prólogo de su evangelio: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y*

de verdad” (Jn 1:14). No olvidemos que la expresión que Juan emplea en el original de este versículo habría que traducirla literalmente como “puso su tabernáculo entre nosotros”. Así pues, a pesar de las innumerables infidelidades del pueblo, Dios seguía siendo fiel a sus promesas, y continuaba visitándolos y estando cerca de ellos con el propósito de bendecirlos.

- En segundo lugar, el agua derramada como símbolo del futuro derramamiento del Espíritu Santo, también fue aprovechada por Jesús para hacer una importante declaración: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Jn 7:37-39).
- Y en tercer lugar, la luz que alumbraba en el patio del templo, pudo también dar origen a la afirmación de Jesús cuando dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8:12). Afirmación que poco después ilustró cuando sanó al ciego del capítulo 9.

## “Le dijeron sus hermanos: Sal de aquí y vete a Judea”

Ahora bien, cuando se aproximaba la fiesta de los tabernáculos, la familia de Jesús, que también participaba de esa celebración, comenzaron los preparativos para ir a Jerusalén. Y fue entonces cuando se produjo cierto desencuentro entre Jesús y sus hermanos.

Estos hermanos eran los hijos que José y María tuvieron después del nacimiento virginal de Jesús. Ya habían sido mencionados por Juan al comienzo del ministerio público de Jesús (Jn 2:12) y sus nombres aparecen en (Mt 13:55).

Estos hermanos no creían en Jesús ni compartían sus intenciones, algo de lo que Juan deja constancia: “Ni aun sus hermanos creían en él”. Incluso vemos por su actitud que tampoco les interesaba la seguridad de Jesús, porque aunque sabían que los judíos en Jerusalén le buscaban para matarle, aun así parece que le estaban empujando de una forma poco amistosa para que fuera nuevamente a Jerusalén y se manifestara públicamente. Da la impresión de que querían causarle problemas, quizá porque estaban cansados de su presencia en Galilea y los constantes comentarios que se hacían sobre él les incomodaban (Mr 3:20-21).

Así pues, le dijeron a Jesús que fuera a Jerusalén “para que tus discípulos vean las obras que haces”. Sin duda pensaban que el propósito de Jesús era el de provocar el asombro popular mediante un alarde de poder, así que añadieron: “Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto”. ¿Qué sentido tenía obrar en la intimidad del círculo de los apóstoles en un distrito remoto? Si quería ser realmente conocido tendría que ir a Jerusalén, el centro del judaísmo, donde próximamente acudirían multitud de personas para la celebración de la fiesta de los tabernáculos. Allí sería el escenario perfecto para hacer alguno de sus espectaculares milagros y convencer incluso a las autoridades.

Este planteamiento no era nuevo para el Señor. El diablo ya le había tentado de una forma similar al comenzar su ministerio: “Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra” (Mt 4:5-6).

Los hermanos de Jesús estaban equivocados en lo que le estaban proponiendo: “Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo”. El Señor ya había hecho muchos milagros en

Jerusalén y el resultado fue que los judíos intentaban matarle desde entonces. De hecho, como vemos a lo largo de todo este evangelio, cuanto más claramente se manifestaba, mayor era la oposición que recibía, hasta el punto en que finalmente le llevaría a la muerte en la cruz. Pero los hermanos de Jesús no entendían esto, así que en su ignorancia le aconsejaban que fuera más atrevido, que llamara la atención del público, que se autopromocionara. Le animaban a que hiciera sus manifestaciones de poder en un lugar más público. No cabe duda de que su consejo provenía de la incredulidad y hasta del desprecio, pero no de un deseo sincero por ayudarlo en su misión. En realidad, ellos no entendían que él no había venido a impresionar al mundo con sus milagros, sino a salvar a los pecadores de sus pecados por medio de su misma muerte.

Resulta triste comprobar el persistente rechazo de los hermanos de Jesús a creer en él. Ellos conocían mejor que nadie su carácter único y las grandes obras que había hecho en Galilea, pero aun así todavía no creían en él. Y algo parecido les ocurre con frecuencia a los cristianos fieles, que encuentran la más dura oposición entre los que les son más cercanos y queridos.

Este tuvo que ser un momento especialmente difícil en el ministerio de Jesús. Recordamos que en el pasaje anterior varios miles de discípulos le habían dejado y ya no andaban con él (**Jn 6:66**). Al comenzar este capítulo se nos dice que *“los judíos procuraban matarle”* (**Jn 7:1**). Y ahora se añade que ni aun sus mismos hermanos creían en él. Todo esto sirve para darnos una idea de la penosa soledad de Cristo en su obra redentora. Y con mucha frecuencia, los verdaderos siervos de Cristo también experimentarán la misma sensación de soledad y aislamiento.

Ahora bien, el verdadero motivo por el que tantas personas no querían creer en Jesús no tenía nada que ver con su carácter perfecto o con la autenticidad de sus obras. Notemos en este sentido que sus hermanos no ponían en tela de juicio la autenticidad de sus milagros (**Jn 7:3-4**). Ellos estaban convencidos de que era capaz de deslumbrar a toda Jerusalén con ellos. Sin embargo, curiosamente, no creían en él, y esto era debido en primer lugar a que no entendían el significado de sus obras.

Considerando todo esto, no resulta extraño que el Señor diera mucho más valor a su familia espiritual que a sus propios parientes según la carne:

*(Mt 12:47-50) “Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.”*

Es evidente que la propia familia terrenal del Señor Jesucristo tuvo que convertirse. Su parentesco no les colocaba en una posición diferente a la de las otras personas. Y lo mismo ocurre con todos nosotros. El venir de una familia cristiana no nos hace cristianos inmediatamente. Cada persona tiene que tomar la decisión de convertirse de forma individual.

Y en cuanto a la familia de Jesús, nos alegra ver en el resto del Nuevo Testamento que hubo un progreso espiritual hasta el punto en que llegaron a creer en él. Parece que todo empezó a cambiar cuando el Señor resucitado se apareció a Jacobo, uno de los hermanos de Jesús (**1 Co 15:7**). Inmediatamente después de esto vemos que tanto su madre como sus hermanos estaban entre los creyentes que oraban mientras esperaban el descenso del Espíritu Santo (**Hch 1:14**). Luego comprobamos que Jacobo, el hermano del Señor, llegó a ser una de las columnas de la iglesia en Jerusalén (**Ga 2:9**). Y tanto él, como su hermano Judas escribieron dos de las cartas que figuran en el canon del Nuevo



Testamento. En relación a esto es interesante notar cómo Jacobo (o Santiago) habla de su hermano en su epístola: *“Que la fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo...”* (Stg 2:1). Después de un periodo de dureza e incredulidad, habían llegado a ver la gloria divina de aquel que había sido un miembro de su misma familia.

### ***“Mi tiempo aún no ha llegado”***

El Señor contestó a sus incrédulos hermanos y lo primero que hizo fue señalar que su tiempo aún no había llegado. Jesús vivía de acuerdo con la voluntad del Padre y no iba a hacer nada fuera del “horario” establecido por él. Sus hermanos le estaban incitando para que se manifestase al mundo, que fuera a la fiesta para promocionarse a sí mismo, buscando su propia gloria, pero él iba a esperar a la hora que el Padre había determinado, y también se iba a ajustar al programa señalado por él. En este sentido, el Hijo no sería glorificado hasta después de haber muerto llevando la culpa de los hombres pecadores y de que hubiera resucitado y ascendido al cielo.

Así pues, mientras que sus hermanos pensaban como muchos otros judíos de su tiempo, que esperaban un Mesías que se manifestaría victorioso en Jerusalén derrotando a todos sus enemigos, Jesús les contestó teniendo en sus pensamientos un tiempo especial de crisis que le llevaría a la cruz, pero que al mismo tiempo sería el comienzo de su glorificación.

Evidentemente los hermanos de Jesús no eran conscientes de que el Señor se estuviera ajustando a un programa previamente establecido por el Padre. De hecho, ellos mismos vivían sin prestar atención a la voluntad de Dios para sus propias vidas, y sin observar ninguna limitación en lo que hacían, así que, como Jesús les dijo: *“Vuestro tiempo siempre está presto”*. A ellos lo único que les importaba en ese momento era hacer su propia voluntad sin estar pendientes de nada más. Y así vive el hombre del mundo, cediendo ante cada capricho o deseo que tiene.

Pero el creyente, al igual que su Señor, siempre busca la dirección de Dios para seguirla. No debemos olvidar que Dios ha preparado determinadas buenas obras para que andemos en ellas:

**(Ef 2:10)** *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”*

Los hermanos de Jesús eran ignorantes en cuanto a todo esto y querían imponer a Jesús la forma y el momento en el que debía hacer cada cosa. Así que, tampoco es de extrañar si las personas del mundo hacen lo mismo con nosotros y no entienden las decisiones que tomamos en el Señor.

### ***“No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece”***

Por otro lado, el planteamiento de los hermanos fallaba en otro punto importante: No tenía en cuenta la enemistad del mundo con Cristo. El “mundo” hace referencia aquí al conjunto de hombres caídos que viven en hostilidad contra Dios y que son dirigidos por el Maligno (1 Jn 5:19). Y los hermanos de Jesús también pertenecían a ese mundo incrédulo.

Por esta razón, el mundo no les aborrecía a ellos, pero en el caso del Señor ocurría todo lo contrario. Esto se debía en primer lugar a que él no era del mundo, y en segundo lugar, a que testificaba de él que sus obras eran malas. La perfección de la vida del Señor ponía

en evidencia cuán imperfecta era la vida de todos los demás. A esto debemos añadir las elevadas reglas de conducta que imponía y las denuncias directas que hizo de los pecados de los hombres. Y aquí nos encontramos con la verdadera razón por la cual muchos rechazan el evangelio, que no es otra que la denuncia de sus pecados y la exigencia de un arrepentimiento genuino.

Y no olvidemos que el mundo también nos aborrecerá a nosotros si seguimos los mismos pasos del Señor. Por supuesto, mientras hagamos obra social en favor de las personas necesitadas, todos vendrán a nosotros en busca de ayuda gratuita, del mismo modo en que buscaron a Jesús para beneficiarse de sus milagros, pero desde el momento en que prediquemos el evangelio que condena el pecado, rápidamente seremos rechazados como también lo fue el Señor.

Así pues, si Jesús había de ir a Jerusalén, no sería para hacerse popular, sino para denunciar el pecado, del mismo modo que había hecho en su anterior visita al templo (**Jn 2:13-16**). Esto implicaría necesariamente volver a acarrear el odio mortal de los judíos.

Al fin y al cabo, el Señor había venido para traer su reino celestial a la tierra, y esto suponía entrar en un conflicto directo con el mundo y con el diablo que lo domina. Él había venido *“para destruir las obras del diablo”* (**1 Jn 3:8**), y esto le aseguraba el odio y la enemistad de todos aquellos que no creían en él.

Esto sirve para ilustrarnos la lucha espiritual que los creyentes de hoy mantienen contra el mundo. Como Jesús dijo:

*(Jn 15:18-21) “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.”*

*(Jn 17:14) “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.”*

La verdad que Jesús predicaba fue la causa por la que la gente le rechazó, y esto ha quedado como un ejemplo para nosotros con el fin de advertirnos de lo que nos ocurrirá si seguimos sus pisadas.

Claro está que los hermanos de Jesús no sufrían este tipo de oposición. Ellos estaban tan identificados con el mundo que no había motivo de conflicto. Era imposible que el mundo los aborreciera a ellos: *“No puede el mundo aborreceros a vosotros”*, les dijo Jesús. Esto se debía a que no habían tomado una posición a favor de Jesús. Tampoco se habían enfrentado contra las creencias y prácticas de la religión oficial. Su conducta era totalmente diferente a la de Jesús, y por lo tanto, también lo sería la respuesta que recibieran del mundo.

## ***“Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta”***

Finalmente, los hermanos de Jesús subirían a la fiesta, y aunque en apariencia su propósito parecía muy correcto, en realidad era totalmente mundano, puesto que si bien pretendían ir a adorar a Dios, despreciaban a su Hijo que estaba en medio de ellos. Esto nos enseña que el hombre puede cumplir con los rituales religiosos más correctos sin que en su corazón haya una fe genuina.

Y por esta razón Jesús se negó a ir con sus hermanos. Entre ellos no había una comunión espiritual auténtica. Y haber subido juntos para respetar los lazos familiares era algo que podría haber confundido a las personas. Sin duda, la actitud de Cristo fue muy radical en este sentido, y tal vez nosotros tengamos que revisar nuestro propio comportamiento en situaciones similares.

Jesús iba a evitar subir con las multitudes y también con sus hermanos incrédulos. Lo haría solo, acompañado en tal caso por sus apóstoles. Sin ningún tipo de publicidad, de forma discreta y privada. Seguramente esto es lo que debemos entender cuando dijo “yo no subo todavía a esa fiesta”. Así Jesús se negó a aceptar la propuesta sarcástica de sus hermanos de subir a la fiesta en una gran procesión mesiánica.

Por otro lado, como ya había señalado anteriormente, vuelve a explicar su razón: “*Porque mi tiempo aún no se ha cumplido*”. En realidad, llegaría el momento en que sí que haría una entrada en Jerusalén tal como sus hermanos le habían propuesto, y esto sería coincidiendo con la fiesta de la pascua (**Jn 12:12-19**). Pero esto estaría ligado a su sacrificio en la cruz.

## Preguntas

1. Explique de forma resumida todo lo que sabe sobre la fiesta de los tabernáculos. Justifique su respuesta con citas bíblicas adecuadas.
2. Razone sobre la manera en que la fiesta de los tabernáculos se relaciona con la Persona y la Obra del Señor Jesucristo.
3. Analice cuál era la actitud de los hermanos de Jesús.
4. ¿Por qué aborrecía el mundo a Jesús? ¿Por qué dijo que también aborrecería a sus seguidores?
5. ¿Por qué el Señor Jesucristo no quiso acudir a la fiesta con sus hermanos?